

Architects of Poverty. Why African Capitalism Needs Changing

- Moeletsi Mbeki
Johannesburgo, Picador África, 2009, 196 pp.

Como sostenía José Manuel Durão Barroso, Presidente de la Comisión Europea, en una columna en el diario *El País* (5 de julio de 2005), «África hay muchas...Hay un África de la determinación y las oportunidades, de historias de éxito, como las que vi en Sudáfrica y Mozambique. Pero también está el lado oscuro, el que nos resulta más conocido: un África de guerras, hambruna y enfermedad, de abusos de los derechos humanos, que nadie, ya sea africano, asiático o europeo, debe aceptar».

En efecto, el continente africano ha vivido diversas experiencias, siendo posible apreciar países con importantes niveles de desarrollo y otros —particularmente en el África subsahariana— marcados por la miseria, las enfermedades, los conflictos, las dictaduras y la corrupción gubernamental. Estos últimos son los más conocidos y los que mayor preocupación han despertado en la comunidad internacional.

Las causas de la situación africana son variadas, entre ellas se cuentan el complejo legado colonial europeo, la débil institucionalidad política, las pandemias como el VIH/SIDA y la malaria —entre muchas y diversas otras enfermedades ya controladas hace tiempo en los países ricos— y la carencia de una adecuada inversión en infraestructura que permita incrementar la producción y agilizar las comunicaciones. África se encuentra envuelta en el espiral nefasto que crean una geografía adversa —que involucra entre otros aspectos

el agotamiento del suelo por su uso irracional, las continuas sequías y la carencia de vías fluviales y por tierra que faciliten el transporte y el comercio— y una pobreza extrema.

Otro asunto que destaca en la situación de África es la débil consolidación de la democracia. Entre otros aspectos, esta situación se expresa, por ejemplo, en la tendencia entre los arbitrarios líderes africanos a rechazar los resultados de las elecciones cuando en estas no son declarados ganadores. Los líderes corruptos y autócratas son una fuente principal de la triste realidad africana, donde han destacado Robert Mugabe en Zimbabwe, además de Mobutu Sese Seko en Zaire, Idi Amín en Uganda o Jean Fidel Bokassa en el Imperio Centrafricano. Asimismo, la debilidad de la democracia se encuentra entre las causas principales de los numerosos conflictos que azotan el continente.

Considerando lo anterior, ayudar a África a atender sus necesidades en materia de paz y seguridad así como a impulsar un desarrollo sostenible, ha sido un objetivo de larga data y una alta prioridad de la comunidad internacional. En el ámbito de las Naciones Unidas, la búsqueda de esa meta ha quedado de manifiesto en los documentos finales de varias conferencias y cumbres, tales como la Declaración del Milenio (2000), la Declaración de las Naciones Unidas sobre la Nueva Alianza para el Desarrollo de África (NEPAD - *New Partnership for Africa's Development*) de septiembre de 2002, el Plan de Decisiones de Johannesburgo, aprobado por la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo sostenible en 2002, y el documento final de la Cumbre Mundial de 2005.

La crítica situación africana implica que a pocos años del 2015 muchos países no alcanzarán los Objetivos de Desarrollo del Milenio, particularmente en la región subsahariana. Pese a ello, es posible apreciar los importantes avances realizados por Ghana, Kenya, Tanzania y Uganda en el ámbito de la enseñanza primaria, de Senegal en cuanto al acceso al agua, así como de Nigeria, Togo y Zambia en el control de la malaria.

El desarrollo es una condición *sine qua non* para superar los conflictos en África. Erradicando la pobreza y promoviendo el desarrollo no solo se salvan vidas que podrían haberse perdido por el hambre y las enfermedades sino que se refuerza

la capacidad de los Estados para asegurar un entorno estable y una paz duradera.

También, el incremento del comercio y las inversiones son elementos claves para el desarrollo de África a largo plazo. El comercio y las inversiones pueden colaborar para llevar a cabo una «revolución verde» en el continente mediante el incremento de la productividad agrícola. Para ello, resulta indispensable incrementar el intercambio y la cooperación Sur—Sur; elevar la inversión extranjera directa; condonar la deuda; e impulsar la libre empresa y las inversiones en el ámbito de la agricultura y la pequeña y mediana empresa. Asimismo, los donantes internacionales, en especial los países desarrollados, pueden ayudar a esas naciones cumpliendo sus compromisos respecto de la Asistencia Oficial para el Desarrollo.

Otra manera de contribuir al desarrollo africano y a su integración en las muchas veces excluyentes corrientes globales supone la apertura de los mercados de los hasta ahora muy proteccionistas países desarrollados a todas las exportaciones de los países africanos, incluyendo los productos agrícolas y textiles tan vitales para el desarrollo de sus economías. También implica terminar con los subsidios agrarios en la Unión Europea y los Estados Unidos y sus demoleedores efectos para los países pobres, que favorecen una competencia desleal en los mercados mundiales y privan a los países en desarrollo de mercado abiertos para sus productos.

El cambio climático es otra área importante de las inquietudes de África. La población de este continente, que ha contribuido muy poco a este problema —pero que lo sufre fuertemente—, requiere que la comunidad internacional le ayude a concebir nuevas estrategias, que sean una oportunidad y no un obstáculo para el desarrollo y la prosperidad del continente.

Como manera de contribuir a la reflexión y al debate sobre la situación africana, Moeletsi, hermano del Presidente sudafricano Thabo Mbeki, nos entrega una polémica, amplia y renovada interpretación del desarrollo económico y político africano. Como empresario, periodista y analista político, el autor otorga una explicación integral de la realidad africana, con especial énfasis en Sudáfrica, su país de nacimiento.

El primer capítulo es el que posee un enfoque más general y amplio, sintetizando ideas y propuestas que se profundizarán más adelante en la obra. En esta sección, el autor comienza planteando que una vez que las colonias en África y Asia se independizaron entre los años 1945 y 1965, sus respectivos líderes políticos se encontraron con dos desafíos principales. Primero, consolidar su poder político y alcanzar una estabilidad duradera al interior de los países y segundo, transformar las economías nacionales desde su carácter colonial como proveedores de bienes primarios, con una mano de obra autóctona barata y sin educación, hacia economías crecientemente modernas.

En tal sentido, las nuevas elites políticas aspiraron a desarrollar las economías mediante el impulso de industrias que apuntaron a una producción manufacturera y diversificada, mediante la utilización de una mano de obra más educada, mejor capacitada y con mayor nivel de salud que durante el periodo colonial. No obstante, mientras los países asiáticos llevaron a buen puerto este proyecto de desarrollo, la historia de África ciertamente ha sido diametralmente opuesta.

Si bien en los años sesenta África mostraba alentadores signos de crecimiento económico, que se expresaron en inversión social e infraestructura, al poco tiempo el continente descendió a niveles inimaginables. El punto de partida de la decadencia fue el asesinato de Patrice Lumumba, Primer Ministro de la entonces recientemente independizada República Democrática del Congo, que fue seguido por el derrocamiento de Kwame Nkrumah en Ghana. A esos sucesos siguió el estallido de guerras civiles en Nigeria, Argelia, Liberia, Sierra Leona, Angola y los dos Congos, culminando con el genocidio en Rwanda y los Estados fallidos de Somalia, Zimbabwe y Costa de Marfil.

Junto a lo anterior, el autor señala que la Guerra Fría chocó con el nacionalismo africano, que pretendía debilitar la influencia del bando occidental propugnando una vía propia a partir del Movimiento de los No Alineados.

En cuanto al nacionalismo africano, según Mbeki corresponde a un movimiento que emergió durante el período colonial, impulsado por una pequeña y occidentalizada elite negra que lucha por ser incluida en los beneficios del propio sistema colonial. Una vez llegada la independencia, las nuevas elites

negras reemplazaron las antiguas minorías blancas, mientras continuaban la explotación, las desigualdades económicas y el sistema económico que, básicamente, se basaba en la explotación de los recursos africanos (tales como el cobre, oro, bauxita, cobalto, coltán, petróleo, algodón y café, por nombrar solo algunos), extraídos desde el continente y exportados al resto del mundo.

Este sistema neocolonial estuvo a cargo de elites políticas que pretendieron acrecentar el propio poder al tiempo que dañaban seriamente la administración política y la estabilidad de los nacientes Estados, así como el estándar de vida de la mayoría de las poblaciones.

El autor sostiene que la administración neocolonial ha dañado seriamente las economías nacionales al inhibir e inhabilitar un sector privado compuesto mayoritariamente por campesinos y filiales de corporaciones multinacionales extranjeras. Los sistemas económicos establecidos por las potencias colonialistas y perpetuados hasta ahora por sucesivas elites políticas han sido poco eficaces para absorber nuevas tecnologías y métodos de gestión e impulsar el crecimiento económico y el desarrollo mediante la inversión privada. Esta situación ha derivado en que actualmente África subsahariana se caracterice por la baja en las expectativas de vida y en los niveles de alfabetización, la importante fuga de cerebros y por la deforestación, desertificación, desigualdad, pobreza, conflictos y dependencia de la ayuda externa.

La escasa inclinación de las elites políticas del África subsahariana por verse involucradas en actividades productivas como la industria, minería o agricultura, ha implicado que el sector privado y las áreas de emprendimiento en general estén dominados por compañías extranjeras. Con una elite política poco inclinada a la empresa y cuya riqueza se gasta en costosos modos de vida, los países han tendido más bien hacia la desindustrialización y a un decaimiento en la creación de empleo.

Pese a ello, según el autor, las esperanzas están puestas en las ingentes inversiones realizadas por compañías de Sudáfrica y Mauricio, así como latinoamericanas y asiáticas, en las áreas del turismo, las telecomunicaciones y el *retail*.

Asimismo, Mbeki subraya las carencias de la infraestructura del transporte, que ha limitado el desarrollo de la minería y la expansión de la agricultura. Ello ha tenido como correlato una aguda y creciente dependencia de la ayuda externa.

Siguiendo con el análisis, el autor plantea que uno de los grandes desafíos de África actualmente es la construcción y consolidación de la democracia, en medio de sistemas políticos marcados por la incompetencia y la corrupción. A su juicio, la mayoría de los países africanos carece de instituciones de gobierno legítimas que cuentan con apoyo e influencia para enfrentar las usuales prácticas inconstitucionales.

El segundo capítulo del libro está dedicado al análisis de las elites sudafricanas. Al respecto, se plantea que desde que los británicos triunfaron sobre la República Boer a principios del siglo XX, Sudáfrica ha tenido tres elites principales: una elite inglesa comercial, una elite *afrikaner* y una elite propiamente africana. Desde los albores de aquella centuria, los británicos comprendieron que no podrían dirigir el país sin la participación de esos grupos. A juicio de Mbeki, ello se manifestó en que las fuerzas que moldearon Sudáfrica durante gran parte del siglo XX fueron primariamente el capital británico y la elite *afrikaner*, especialmente su facción nacionalista.

Aunque con relevantes limitaciones, con el fin del predominio de la elite *afrikaner* en 1990 Sudáfrica tenía la economía más poderosa al continente. Las razones de ello, a juicio del autor, se encuentran en la abundancia de recursos naturales; la imposición de un sistema de libre tenencia de la tierra; la transformación del campesinado en trabajadores asalariados; la importación de capital y habilidades extranjeras; la inversión en salud y educación en alrededor del 10% de la población; la inversión en transporte, infraestructura, agricultura, manufactura y servicios financieros; y el establecimiento de medios de comunicación independientes; entre otros importantes factores (p. 52).

En el mismo capítulo Mbeki señala que frente a la coerción ejercida por la elite *afrikaner* contra los trabajadores negros, hacia principios de 1970 estos comenzaron a agruparse y pese a la fuerte represión el proceso avanzó hasta decantar en la formación del COSATU (*Congress of South African Trade Unions*) en 1985.

El autor también analiza la emergencia de una clase media negra, cuyo origen se remontaría a la primera mitad del siglo XIX. Del desarrollo de esta clase media derivó posteriormente el surgimiento de una elite poderosa, que a partir de 1994 controló instituciones de relevancia, como el Consejo Sudafricano de Iglesias y la Conferencia de Obispos Católicos. De este modo, esta elite negra representó el natural reemplazante de la alicaída elite *afrikaner* que controló el país desde 1907, aunque ello no ha implicado la pérdida del poder económico que aún detenta esta última.

El tercer capítulo analiza la desindustrialización de Sudáfrica. Sobre el particular, Mbeki plantea una fuerte crítica a la institución del Empoderamiento Económico Negro (*Black Economic Empowerment*), que en breves términos corresponde a un programa destinado a favorecer económicamente a los sectores desfavorecidos como efecto de la segregación racial durante la era del apartheid. Para enfrentar las fuertes inequidades de dicha etapa, el Empoderamiento Económico Negro incluye medidas en torno a la equidad en el empleo, el desarrollo de habilidades, la participación en concursos y el desarrollo socioeconómico. Sin embargo, desde su polémica perspectiva el autor plantea que el mencionado programa fue una invención de la oligarquía económica sudafricana que tiene como objeto la cooptación de líderes del movimiento negro de resistencia —que potencialmente podrían representar una amenaza para el sistema post apartheid—, bajo la apariencia de otorgar beneficios y reparaciones a las masas negras anteriormente dañadas. Según Mbeki, el Empoderamiento Económico Negro contribuyó a que la elite negra, al revés de las elites de Asia, no se apreciara a sí misma como productora y emprendedora, lo que redundó en su incapacidad de iniciar y manejar nuevas empresas.

El autor sostiene que a partir de la era post apartheid Sudafrica posee dos clases dominantes. Una clase media negra ascendente que controla el ámbito político del país, pero que no cumple ningún rol en la propiedad y control de la economía productiva. Por otra parte, existe una clase dominante que el autor califica de oligarquía económica, que está a cargo de la propiedad y control del Complejo Mineral Energético (MEC - *Mineral Energy Complex*), que constituye el centro de la

economía de un país rico en recursos naturales, especialmente minerales y metales. Dicha riqueza ha creado, según Mbeki, una forma particular de capitalismo en que predomina la extracción de minerales que se elaboran mediante la utilización de energía eléctrica y se exportan al resto del mundo.

Las industrias que conforman el MEC son las del carbón, oro, diamantes, platino; la generación y distribución de electricidad; la producción de minerales no metálicos; las industrias básicas de acero; así como la de los fertilizantes, pesticidas, plásticos y petróleo, entre otras.

Una característica clave del MEC sería su dependencia de una mano de obra abundante, barata y poco calificada. Para mantener la fuerza de trabajo en un bajo costo se han importado productos de bajo costo desde Asia —especialmente desde China— para el consumo de las clases trabajadoras. Los productos importados incluyen ropa, calzado y textiles, los que paulatinamente han reemplazado la producción nacional sudafricana. Según Mbeki, la importación de productos asiáticos, unida al escaso desarrollo del emprendimiento privado, han redundado en la virtual destrucción del sector manufacturero no vinculado al MEC.

Por su parte, el cuarto capítulo titulado «La construcción de un Estado fallido africano» se centra en el caso de Zimbabue. Según sostiene el autor, en 1980 este país era próspero, con importantes recursos minerales y una agricultura diversificada. La decaída situación del presente sería fruto del mal manejo del Gobierno del ZANU-PF (*Zimbabwe African Nacional Union-Patriotic Front*) de Robert Mugabe, así como de una serie de acontecimientos en la esfera de la economía internacional, como la prohibición del asbestos en los años ochenta por los países occidentales, por motivos de salud pública, mineral que hasta ese momento en parte importante de la economía de Zimbabue. En la misma línea, la producción de tabaco se ha visto últimamente fuertemente afectada por las precauciones de los países ricos sobre los daños a la salud que causa el fumar.

La independencia del país en 1980 trajo variados beneficios, como el importante flujo de ayuda internacional, así como la entrada del país a la Comunidad de Desarrollo Sudafricano (SADC, por su sigla en inglés), Mercado Común

para el Este y Sur de África (COMESA), la Convención de Lomé y la OMC, todos los cuales contribuyeron a la diversificación de los mercados de exportación de Zimbabwe. Más adelante, el país intentó introducir nuevos productos como el platino, carnes y flores; y expandió las exportaciones de azúcar, maíz, textiles y acero.

No obstante estos avances, las tendencias pronto cambiaron en desmedro del desarrollo de Zimbabwe. Junto con el crecimiento de la deuda externa, la corrupción gubernamental comenzó a corroer los avances que se apreciaban desde la independencia. En los años noventa, el país se encontró incapacitado para mantener, reemplazar y modernizar la maquinaria industrial. El sector manufacturero se volvió crecientemente incompetente, al mismo tiempo que Zimbabwe se abrió a las exportaciones de Sudáfrica.

Entonces, los productos sudafricanos inundaron los mercados de Zimbabwe, contribuyendo al declive de la industria manufacturera. Al mismo tiempo, los productos de Sudáfrica desplazaron los de Zimbabwe en el sur, centro y este de África. En lo tocante a la agricultura, el autor destaca la escasez de inversión en infraestructura de transportes, irrigación, investigación y maquinaria agrícola —entre otros— para desarrollar el sector, lo que se ha expresado en la importante subutilización de los terrenos.

En el ámbito político, según el autor, el ZANU-PF ha desarrollado diversos mecanismos para silenciar a la oposición, combinando el uso de la violencia con la manipulación de las elecciones. En el apéndice del libro, titulado «Gukurahundi», Mbeki describe los métodos brutales que ha utilizado el ZANU-PF para aterrorizar a la población.

Sin perjuicio de lo anterior, el autor destaca el establecimiento del Movimiento para el Cambio Democrático (MDC, por su sigla en inglés), como un nuevo partido cuyos objetivos serían la lucha por una Constitución más democrática, el combate contra la corrupción y la reorganización de la economía nacional, que ha sido manipulada en beneficio de la elite política del país. Este nuevo partido recibe apoyo de sectores profesionales, comercio, industria, medios de comunicación y agricultura, siendo un símbolo, a juicio de Mbeki, del denominado Renacimiento Africano.

El desarrollo del MDC sería una pequeña esperanza en medio de un país que actualmente está marcado por la pobreza, la desigualdad y la propagación de variadas enfermedades como el cólera, el HIV/SIDA, la tuberculosis e incluso el ántrax. No es casualidad que Zimbabwe posea actualmente la más baja expectativa de vida en el mundo. Si la expectativa de vida al nacer era de 62 años para ambos sexos en 1990, en 2008 alcanzaba los 34 años.

El capítulo quinto está dedicado a analizar las tendencias de la integración regional en África. Según Mbeki, luego que los países africanos comenzaron a avanzar en sus respectivos procesos de independencia entre 1950 y 1960, la integración regional se percibió como una milagrosa panacea para el subdesarrollo del continente. En la actualidad existen diversos ensayos de integración en la región, tales como la Comunidad Económica de los Estados del Oeste de África (ECOWAS, por su sigla en inglés), la SADC, COMESA, la Unión Africana, la NEPAD y la Comunidad del Este Africano (EAC). No obstante, estos diversos ensayos de integración han tenido a juicio del autor, escasos resultados (p. 133).

En comparación con el caso de Europa, cuyos países ejercen el control físico de sus territorios, poseen siglos de existencia y, sobre todo, el control de la administración de sus sistemas económicos, políticos y sociales, así como similares niveles de desarrollo y bienestar, el autor plantea que los países africanos fueron constructos artificiales creados por conquistadores foráneos, con ciudadanos sin fuerte lealtad hacia sus respectivos Estados, situación que ha sido fuente esencial de los numerosos y variados conflictos que azotan el continente. De hecho, África se caracteriza por la persistencia de conflictos internos y un muy bajo número de guerras interestatales.

Asimismo, mientras en el contexto europeo los Estados alcanzaron elevados niveles de industrialización y desarrollo económico antes del proceso de integración, el que fue más bien impulsado por razones políticas y de seguridad, la integración regional en África se basa en consideraciones principalmente económicas relacionadas con la ampliación de los mercados para los países del continente.

En esta línea, según el autor, el factor más importante que determina el nivel de desarrollo de un país corresponde en la

medida en que este controla sus propias políticas en los ámbitos político, social y económico. En tal sentido, plantea que en la mayoría de los países africanos las políticas públicas no son controladas por africanos sino por actores foráneos, tales como las compañías multinacionales, instituciones financieras multilaterales y otros Estados y actores no estatales, en su calidad de donantes y otorgantes de créditos (pp. 144—145).

Sin perjuicio de lo anterior, Mbeki plantea que como importantes inversores en otros países africanos, Mauricio y Sudáfrica han contribuido de *facto* a la integración económica del continente. La fortaleza de sus economías se basaría en su habilidad para acrecentar y diversificar sus economías, tomando ventaja de sus respectivos mercados domésticos y operando como actores prominentes en los mercados mundiales. Estos países también contribuirían al desarrollo africano y a la integración regional mediante la transferencia de tecnología y habilidades, por ejemplo, en los ámbitos del turismo, azúcar, *retail*, telecomunicaciones, manufacturas y minería, entre otros. Sudáfrica jugaría otro invisible rol como promotor de la integración a través de los más de 40.000 estudiantes de otros países africanos, provenientes especialmente de la SADC, que asisten a las diversas universidades sudafricanas.

Por último, el capítulo seis, titulado «África necesita una nueva democracia», se inicia con referencias a distintos estudios sobre la situación del África subsahariana, que caracterizan a la región por su extrema pobreza y debilidad estatal, así como analizan el rol que han cumplido los gobiernos respecto de este crítico contexto. Citando un estudio de Susan E. Rice y Stewart Patrick, se describe a los Estados africanos como «Estados débiles» (*weak states*), que corresponden a aquellos países que carecen de las capacidades necesarias para alcanzar cuatro elementos críticos de las responsabilidades gubernamentales, cuales son proporcionar un ambiente propicio para el crecimiento económico equitativo y sostenible; establecer y mantener instituciones políticas legítimas, transparentes y responsables; asegurar a sus poblaciones de conflictos violentos y controlar los respectivos territorios estatales y satisfacer las necesidades humanas básicas de la población (p. 153).

Moeletsi Mbeki califica a los Estados africanos de pseudo Estados, que no alcanzaron a desarrollar una auténtica bur-

guesía autóctona. En consecuencia, comparando el caso de los países del África subsahariana con China, señala que el desarrollo proviene del reconocimiento de que el Estado no puede por sí mismo industrializar los países. Los gobiernos deberían, por lo tanto, generar los espacios apropiados para la emergencia de un sector privado independiente conducido por los sectores medios y profesionales.

Luego, Mbeki identifica dos tipos de sociedades en el África subsahariana, los denominados Estados capitalistas y los pseudo Estados neocoloniales. Mauricio y Sudáfrica serían claros ejemplos de la primera categoría, mientras que el resto de los Estados del subcontinente pertenecerían a la segunda.

De este modo, el autor sostiene que —salvo Mauricio y Sudáfrica— la mayoría de los Estados subsaharianos no poseerían una burguesía o, puesto en otros términos, no tendrían una clase emprendedora, cuestión que estaría en el centro de las explicaciones del subdesarrollo de la región. Las elites africanas serían esencialmente improductivas, siendo su parasitismo y su consumo desenfrenado fuente explicativa primordial de la crítica situación africana.

Jorge Riquelme Rivera